

I

La inteligencia artificial

Introducción

El tema *inteligencia artificial* comprenderá un objetivo: la explicación filosófica del mismo. Y sobre esto conviene enfatizar.

Este énfasis radicará en la especificación de una definición de inteligencia, si es o no un atributo agregado al hombre; desde luego, tal definición a la vez lleva a una clarificación de la palabra artificial, generalmente conocida como un adjetivo, y de la cual el diccionario indica, *algo hecho por la mano del hombre*.

Esto además solicitará aclarar cómo es posible atribuir a la inteligencia tal adjetivo, o si sucede todo lo contrario, a tal adjetivo atribuirle la inteligencia, cómo desarrollar una explicación de dicha atribución.

Así esta lección introductoria incluirá los siguientes apartados:

1. La definición de inteligencia en base al tiempo
2. La clarificación de la palabra artificial
3. Cómo atribuir la inteligencia al adjetivo artificial o viceversa
4. La inteligencia artificial: ventajas y desventajas

Y, por último, la conclusión final en la cual subrayar las ideas principales obtenidas a lo largo del contenido del escrito.

Ciertamente, la disertación buscará, debido a la especialidad del autor, recalcar la reflexión filosófica sobre el tema de la inteligencia artificial, y, por ende, estará apoyada en la cuestión: ¿Puede hacerse filosofía desde la inteligencia artificial?

La respuesta a esta pregunta perseguirá la mayor claridad posible, pues la inteligencia del hombre funciona siempre, a no ser en casos extraordinarios, no cual cosa de nada ni de nadie, sino cual cosa *de suyo suya*. Cuando el hombre tiene conciencia de ello, entonces su estructura psicoorgánica, a lo largo de la evolución individual y de la historia, ha sido la base desde donde han surgido variadas invenciones, proyecciones modeladas.

El empeño consiste en recurrir con frecuencia a la pregunta, y así deducir respuestas en las cuales presentar la inteligencia humana no cual forma relegada a lo obsoleto por la inteligencia artificial, ni ésta retirada a una baladí ocurrencia de la inteligencia humana. En fin, los distintos párrafos del artículo, antes señalados, permitirán apreciar el tema de la inteligencia artificial de modo razonable y no peyorativo.

1. La definición de inteligencia

Es una armonía original. Está a disposición en las profundas estructuras del hombre. Está unida, conectada a ellas. En ellas tiene continuidad, y ésta en ambas, estructura del hombre e inteligencia, espacialidad y temporalidad.

En el cerebro, espacialidad, suena la de suyo no sonante; está siendo y siguiendo sus leyes. Las desborda, pero no las rompe. En el cerebro la inteligencia posee mismidad e identidad sentidas, sidas. Ahí éstas consiguen unidad de estar y ser.

¿Qué está siendo, estando, la inteligencia en la espacialidad cerebral? Está siendo impregnada por el tiempo. Impregnada por la temporalidad del tiempo mostrando finalidad y eficiencia.

La finalidad, porque el hombre trata con inteligencia lo indicado por el tiempo (numera, juzga, define): Fragua creatividad. El cerebro, conectado al tiempo, descubre temporalmente su contextura tempórea. Lo diferencia de él, captando su función concreta; pues, percibe su continuidad por la que lo divide en números, períodos, sin romperlo. El tiempo desata las cualidades intelectuales del cerebro.

Las cualidades intelectuales del cerebro, son la eficiencia del mismo. Él muestra peculiar eficiencia pasando del estado potencial al estado actual; es un ser en actividad creativa. El tiempo, diferente del cerebro, lo empuja a lo real, a notarle y anotarle cual realidad indeterminada determinable.

El tiempo en el cerebro es condición suficiente-eficiente; está realmente influyendo. Aunque la inteligencia del cerebro determine a voluntad alguna definición, la constancia del tiempo, llámese aquí persistencia, está sometida a cálculos de variaciones; es decir, el tiempo es tiempo, pero las posibilidades de definición, examinadas por la inteligencia, contendrán la que mejor coincida con las funciones de los puntos límites en los cuales el tiempo es tiempo.

La inteligencia se sorprende a sí misma siendo temporal y tempórea: atemperada al tiempo; es decir, recibe eficiencia del tiempo. Por recibir de él eficiencia, ¿aumenta, disminuye? Ella determina la posición de un punto del tiempo en el cerebro, lo localiza, lo ilustra en una recta. En ésta la inteligencia extiende los puntos privilegiados del tiempo. En la extensión aumenta, disminuye, pero no se anula. El tiempo siempre la hace ser siempre la misma: identidad potenciada¹.

Entre inteligencia y tiempo no hay indiferencia mutua: el tiempo, y el carácter temporal de la inteligencia, es condición indispensable de una realidad, la del tiempo, que, aunque parezca solamente conceptual, en él

¹ Cf. GARCÍA BACCA, Juan David, *Filosofía de la música*. Texto revisado por Miguel Ángel Palacios, ANTHROPOS, editorial del Hombre, Barcelona, 1990, 148.

exhibe la duración de un tiempo físico². La inteligencia no es una entidad o diosecilla independiente del tiempo³.

El tiempo es operante en realidad. En sentido real ajusta en la inteligencia simultaneidad y sucesividad. Tiempo e inteligencia son coexistentes. El tiempo en sí y en la inteligencia está siendo *a la una-y-a la vez*⁴. En un tiempo inteligencia y tiempo *están* simultáneos: espacializados⁵. El tiempo tiene una constancia de ritmo; es firme, no ostentoso ni ruidoso, por eso, la inteligencia inmersa en él labra su propio porvenir.

La inteligencia coexiste con el tiempo, no en cuanto un cualquierismo entitativo⁶. En él tiene originalidad. Tiene ser. Lo tiene porque lo hace, y haciéndolo defiende la intimidad de ser inteligente. La intimidad de la inteligencia es su armonía original. Actúa en el tiempo conservándola. Ella tiene una dosis imperdible de temporalidad, y el tiempo tiene una dosis imperdible de inteligibilidad. La inteligencia se funde con el tiempo, pero no se confunde con él. Ella elabora la diferencia.

La diferencia es entre tiempo e inteligencia, y la define la inteligencia. La definición es primeramente, inmediatamente y normalmente.

Primeramente: el tiempo es real y necesario para que en la inteligencia sea objetivamente definido. El tiempo rige según leyes temporales, diferenciadas en funciones periódicas. El tiempo, aunque aparentemente quieto, mueve a través suyo su transitoriedad⁷. Primeramente hay tiempo aun antes de parecerlo imperceptible; por tanto, primeramente el tiempo es imperdible.

Inmediatamente: el tiempo sin poder perder lo esencial para *ser real* el más propio. La extensión del tiempo es amplia y su efecto en la inteligencia es extremadamente intenso. Produce en ella una fluencia ininterrumpida; sin embargo, lo retarda y así refuerza la definición, porque lo fino, lo fiel de la precisión del tiempo, sin duda parte continuamente mantenida y subtendida por él.

Y, por último, normalmente: El tiempo a la inteligencia le exige no únicamente tanteos. Su ser está con ella a la una. Normalmente el tiempo es incontenible. No obstante, el hombre inteligentemente le ha ofrecido una topología. Inteligencia y tiempo son recíprocos, afines. La medida del tiempo es determinable por la inteligencia, no es una imposición voluntaria. La inteligencia no inventa la normalidad del tiempo, porque, normalmente le es suficiente. Antes de la medición físico-matemática posible, el tiempo le está siendo posible realmente.

² Cf. *Ibid*, 150.

³ Cf. *Ibid*, 151.

⁴ Cf. *Ibid*, 153.

⁵ Cf. *Ibid*, 154.

⁶ Cf. *Ibid*, 165.

⁷ Cf. SEHT, Anil, *La creación del yo. Una nueva ciencia de la conciencia*, ed. Albino S. Mosquera, Edit. Sexto Piso, Madrid, 2023², 68.

La inteligencia en el tiempo ha demostrado, antes de la invención de los auxilios artificiales, una frecuente disposición —intrínseca, eficiente— que la garantiza y la comprueba en una forma organizada; simplifica en una forma la multitud y variedad de lo real. No anula ni aniquila la multitud de distinciones. En consecuencia, la inteligencia en el tiempo y con él, confirma que esa multitud de distinciones son lo que son mientras hacen lo que son⁸.

2. La clarificación de la palabra artificial

¿Qué es lo que se va a entender por artificial? La inteligencia es condición necesaria para lo artificial. La inteligencia mide, declara. El que lo artificial sea real está necesariamente proviniendo como resultante de la inteligencia; de no ser así sería un simple maquillaje sin importancia para el porvenir del mismo⁹.

La dinámica de la inteligencia humana ha mostrado la dinámica de lo artificial; con éste ha llegado precisa y justamente a un fin (τέλος). En éste lo artificial es mismo con la inteligencia, pero no de la misma manera¹⁰. La inteligencia es algo primario del cual procede algo nuevo, del cual se siguen otras cosas de su orden¹¹. La inteligencia humana precede a lo artificial. Luego de sus cálculos reflexionados, de plantearse los, corregírse los, viene lo astronómico, lo físico, lo geométrico, lo químico, lo eléctrico, etc.

Lo artificial no es una pretensión técnica pedante; es la exigencia a la inteligencia de un suceso, fórmulas físico-matemáticas, etc., que puede y tiene que repetir determinado número de veces, porque no ha llegado a su fin, a su perfección, sino a un término por ahora algo en que detenerse¹².

Lo artificial, entonces, es complementario. La inteligencia es ella, pero no puede ser éste, lo artificial. Lo artificial no es un estar siendo desperdicio; la inteligencia en él no desaparece. La conserva para que, por ejemplo, el sonido y el color sean realmente lo que son. La inteligencia prueba en lo artificial su exactitud. Es necesaria para inteligirlo realmente, y a la vez para entender algo diferente de ella.

La inteligencia es la misma; muestra su aptitud natural; aumenta o disminuye según la intensidad exigida en el logro de la exactitud de lo artificial. Ella se proyecta en éste. En esta proyección hay conexión de lo presente con lo anterior; de las posibilidades o probabilidades siguientes. En la fabricación de lo proyectado lo artificial supera a la inteligencia, mas no la altera en su mismidad.

La inteligencia busca la calidad de lo artificial. Los datos estadísticos, probabilísticos, deterministas, en la inteligencia no surgen automáticamente,

⁸ GARCÍA BACCA, Juan David, *Filosofía de la música*, 209.

⁹ Cf. *Ibid*, 222-223.

¹⁰ Cf. *Ibid*, 224.

¹¹ Cf. *Ibid*, 226.

¹² Cf. *Ibid*, 234.

sino pensados con orden. El resultado de este orden no es sino el reflejo de la preexistencia del original calificado en la inteligencia.

Lo artificial viene en realidad por un procedimiento intelectual: el hombre lo ideó, lo seleccionó y le dio un nombre. Lo hizo conjugando la originalidad con la creatividad.

La originalidad no únicamente procede del cerebro funcionante humano, también del universo, ya que, éste es básico. Es constitución fundamental (fundamentante) continua y constante¹³. Con él la inteligencia tiene con qué contar: los elementos con que construir lo artificial. En él ha intentado, tanteado lo más próximo a lo exacto, y lo primero en demostrar ha sido que éste en aquel siempre ha existido. Ha empezado a ser cosmos —orden—, y éste tiene un Principio primero. Ha quedado un acorde rico en componentes, y éstos salen, teniendo una cantidad, una cualidad, etc., cual realidad física de orden superior.

La inteligencia sustentada en cualidades, cantidades físicas ha establecido leyes físicas. Ha movido su creatividad. Limitarla lo más exactamente posible a lo que es; y éste representarlo con rigor. Así, ha sido variable en sus esfuerzos, es decir, siempre creadora.

Originalidad y creatividad hacen a la inteligencia respectiva a la duración del cosmos ordenado. La duración es el universo cual infinito pausado; el hombre ha logrado acoger el campo universal de movimientos posibles. Ha logrado poner medida. Lo ha hecho a ratos; ha debido estudiar una realidad de toda otra realidad.

Al poner medida ha debido ingeniar los instrumentos. En éstos no se elude, sino se alude. El mundo es pausado, no pasmado. La relación, respectividad, del hombre en él y con él produce una experiencia contrastante y desafiante.

Contrastante, ya que la inteligencia humana se vincula y a la vez desvincula de lo absoluto y lo relativo.

En lo *absoluto*, el universo somete a la inteligencia. El sometimiento le lleva a acoger del universo, en él del aire, del agua, de la luz, del espacio, del tiempo, un modelo. En éste el hombre demuestra lo potente de su potencia y así conserva —no nominalmente— la relación entre él y el cosmos. Es la conexión del hombre —de su inteligencia— con los efectos que están ya en acto.

En lo *relativo*, porque el hombre tiene que conservar aquellos efectos — en fórmulas de potenciales gravitatorio, electromagnético, termodinámico, etc.— que a la vez en tanto que causas —ocasionales, secundarias— le impulsan a producir algo nuevo.

Por eso, lo artificial es relativo; siempre habrá algo novedoso en que el nuevo sistema operativo, el aparato, tendrá presencia un rato transitorio¹⁴, y,

¹³ Cf. *Ibid*, 254.

¹⁴ Cf. *Ibid*, 305.

por tanto, tal sistema en cuanto no definitivo es nada más ese presente de originación de algo nuevo¹⁵.

Ahora, la experiencia desafiante producida en el hombre por el universo parte de comprender que lo novedoso en tecnología no es definitivo. Es imprescindible a la tecnología, a la inteligencia artificial, conectar aún más verdad de realidad¹⁶.

La inteligencia humana ni se engaña ni se oculta en el aparato. No es una verdad transeúnte de aquél. Al contrario, el aparato, lo artificial, espolea a la inteligencia para que de ellos haga perfeccionamientos, correcciones, con el objeto de lograr un artefacto más autorregulado.

Es innegable que la inteligencia mueve a sí misma y por ende es apropiada para la aparición de lo que sea, de suyo, autorregulado, móvil. No obstante, este autorregular, ese imprimir en el aparato un movimiento por sí es invento, pues no emerge por generación natural; y, por consiguiente, surgen ulteriores inventos que hacen al anterior obsoleto.

Cierto, la inteligencia en tales invenciones evita el error, procediendo en dicha pausa con máxima cautela. La agilidad impresa en lo artificial, producido por la mano del hombre, tiene una eficacia científica y técnica.

Lo artificial considerado científicamente no es absurdo; este adverbio *científicamente*, corrobora la franqueza de una inteligencia generadora de resultados no nocivos. Los resultados no nocivos tienen su ocasión; y ésta acaece cuando no son desiguales para nadie. La razón acompañando el auge de lo artificial, cuidará la difícil tarea de hacer cumplidamente las cosas cuando trabaja sobre lo hecho por otros beneficiando contemporáneamente a otros¹⁷.

En lo artificial la inteligencia define el ingenio, lo rige con los principios de una ciencia que cultiva. Ahí determina cuánto ignora, interpelándose por qué medios y hasta dónde le es posible resolver dicha ignorancia; porque, «no hay sino una verdad en cada cosa y el que la encuentra sabe todo lo que puede saber de ella»¹⁸.

La verdad agiliza la inteligencia. No puede permanecer irresoluta en los puros principios de la ciencia. Necesita también la práctica; en ésta el bien de las invenciones no es inasequible a las limitaciones del poder intelectual. Por ende, lo artificial no es algo añadido a la inteligencia humana, pues ella puede ver en él a pesar de sus limitaciones, las perfecciones que le faltan.

¹⁵ Cf. *Ibid*, 306.

¹⁶ Cf. *Idem*.

¹⁷ Cf. DESCARTES, R., «Segunda parte», *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*, ed. Manuel García Morente, ESPASA-CALPE, Madrid, 1970¹², 56.

¹⁸ DESCARTES, R., «Segunda parte», *Discurso del método*, 41.

3. Cómo atribuir el adjetivo artificial a la inteligencia o viceversa

¿Es un fraude atribuir la inteligencia a lo artificial? Desde luego. Esta atribución significa añadir la inteligencia a lo artificial para determinarla cualitativamente. La inteligencia no pasaría de ser una mera descripción, para nada un obrar como ella acostumbra.

Lo artificial ha ido creciendo poco a poco; no ha sido hecho del todo. Puede generarse la ficción de que las funciones de algunos aparatos son exactamente las mismas que genera la inteligencia. Ésta, no obstante, puede cambiar diversamente las acciones de tales funciones y componer otras nuevas.

La atribución de la inteligencia al objeto artificial radica precisamente viendo éste como algo autómatas, pues aquella, —antes de ser representada en un mecanismo—, está hondamente mejor ordenada, aún poseyendo movimientos más admirables que ninguna otra invención humana.

Si hubiere máquinas —explica Descartes— tales que tuviesen los órganos y figura exterior de un mono o de otro cualquiera animal, desprovisto de razón, no habría medio alguno que nos permitiera conocer que no son en todo de igual naturaleza que esos animales; mientras que si las hubiera que semejasen a nuestros cuerpos e imitasen a nuestras acciones, **cuanto fuere moralmente posible**, siempre tendríamos dos medios muy ciertos para conocer que no por eso son hombres verdaderos; y es lo primero, que nunca podrían hacer uso de palabras u otros signos, componiéndoles, como hacemos nosotros, para declarar nuestros pensamientos a los demás, pues si bien se puede concebir que una máquina esté del todo hecha, que profiera palabras, y hasta que las profiera a propósito de acciones corporales que causen alguna alteración en sus órganos, como, *verbi gratia*, si se le toca en una parte, que pregunte lo que quiere decir, o si en otra, que grite que se le hace daño, y otras cosas por el mismo estilo, sin embargo, no se concibe que ordene en varios modos las palabras para contestar al sentido de todo lo que en su presencia se diga, como pueden hacerlo aun los más estúpidos entre los hombres; y es el segundo que, aun cuando hicieren varias cosas tan bien y acaso mejor que ninguno de nosotros, no dejarían de fallar en otras, por donde se descubriría que no obran por conocimiento, sino sólo por la disposición de sus órganos, pues mientras que la razón es un instrumento universal, que puede servir en todas las coyunturas, esos órganos, en cambio, necesitan una particular disposición para cada acción particular, por donde sucede que es moralmente imposible que haya tantas y tan varias disposiciones en una máquina que puedan hacerla obrar en todas las ocurrencias de la vida de la manera como la razón nos hace obrar a nosotros¹⁹.

Esta larga cita de Descartes solicita interpretaciones. De hecho, es útil al tema cómo atribuir el adjetivo artificial a la inteligencia o viceversa.

Descartes excluye de la máquina la definición de múltiples formas dadas en el intrincado devenir del comportamiento estrictamente animal —el mono u otros—, y humano, específicamente del cuerpo. No hay un fenómeno

¹⁹ DESCARTES, R., «Quinta parte», *Discurso*, 64-65.

común —la razón— a hombre y máquina. Pueden establecerse coincidencias —semejanzas, imitaciones— de acciones del hombre por las máquinas; sin embargo, hay una notable diferencia: el elemento humano, demasiado humano, del hombre. En esto, a diferencia de la máquina, el hombre se hace objeto-sujeto de una conciencia cada vez más clara de sí.

La inteligencia del hombre, Descartes subraya el término razón, suele atribuírsele a lo artificial, en palabras cartesianas máquinas, de modo figurado. En esto se tiene claridad, salvo algunas excepciones. En las máquinas existen mecanismos próximos a certezas aproximativas, pero la inteligencia humana quiere —y subrayo este verbo— ver las cosas más de cerca. De esto no se puede prescindir. No debe convertirse en inteligencia lo que no es sentidamente inteligencia.

El primer medio propuesto por Descartes para reconocer que una máquina, aun parecida al cuerpo humano no es hombre verdadero, radica en el lenguaje; *nunca –dice– podrá hacer uso de palabra u otros signos*. Los robots, por ejemplo, no son ya portadores de la plena potestad de emitir sonidos articulados; están programados para decirse a sí mismos son o no son aparatos. No pueden hacerlo. Deben serle hecha.

El segundo medio plantea: el pathos humano va mucho más allá que lo que las estructuras artificiales, —desde luego, muy bien sistematizadas—, pueden sustentar. Ello, primero, evita los reduccionismos, y haciéndolo, segundo, el aumento de significados pragmáticos y científico-humanísticos irrumpen desde la inteligencia en lo artificial, y desde éste tiene aquella una densidad de significado para la evolución constante del dominio de las invenciones.

En dos momentos Descartes emplea el adverbio *moralmente*: no es plausible una ruptura entre la inteligencia y lo artificial, el auge de éste es enorme, sin embargo, es inmoral el hecho de que a lo artificial lo revuelvan contra la inteligencia que lo produjo, anulando lo específico de la inteligencia en cuanto tal, aupando la conversión de la misma en algo fabricado que poco o nada garantiza su identidad.

No es precisamente lo artificial lo que desvía a la inteligencia del centro de su realidad, es la pretensión humana que pone una excesiva confianza en aquel como último depositario de los valores genuinamente intelectuales²⁰.

La mezcla indefinida en las opiniones entre uno y otro aspecto, la inteligencia y lo artificial, está abierta a múltiples interpretaciones. Pero, en mi resolución, tal mezcla conduce en reiteradas ocasiones a una opinión unívoca: la confusión de una estructura de responsabilidad personal en la personalización de un aparato. Éste realiza actos singulares de humanidad

²⁰ Cf. POPPER, K.R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, ed. Eduardo Loedel, PAIDOS, Barcelona, 2021⁷, 82-83.

(imita), y por ende le atribuyen una eficiencia por la que la consistencia y el origen del mismo queda no poco impreciso.

Si la estructura de responsabilidad personal es atribuida, en consecuencia, no existe originalmente en el aparato; en éste pasa a ser una presidencia anónima. Surge entonces el antropomorfismo. A aquel le hacen decir lo que por sí mismo no puede decir, y sentir lo que por sí mismo tampoco puede sentir. El primado de la inteligencia humana parece ser usado para justificar algunas consideraciones, llegando, en ciertos aspectos, a ser objetivamente anodino; no obstante, «una responsabilidad que no puede responder no es responsabilidad»²¹.

Ahora, la estructura de lo producido por el hombre siendo producida, más bien ha de restaurar la exclusividad de este poder de producción. Esta exclusividad instituye el auténtico signo que indica dónde está la inteligencia que obra originalmente y continuará obrando del tal modo. La ingeniosidad de las invenciones no agota las posibilidades de ser halladas y constatadas por el cerebro, “órgano sentiente y de intelección”²². O bien atribuimos a lo artificial, ingenua y descomedidamente el desarrollo de estas actividades cerebrales, o bien, el cerebro se yergue a su vez indigente y poderoso, con el poder que él mismo ha procurado en las invenciones, las cuales de ningún modo logran sustituirlo o anularlo.

¿Cómo debe ser el cerebro en este tiempo y en todo tiempo? ¿En qué se asemeja ahora el cerebro, sede de exigencia de intelección, con lo novedoso a nivel técnico en lo que se ha visto representado?

El cerebro queda en éste y en todo tiempo en su carácter indivisible, y sirve tanto mejor cuanto más fiel permanece a su formalidad; a su ser más idóneo, de ninguna manera desvinculado del progreso del que es y ha de ser principio primordial.

Ante las posturas acerca de una inteligencia artificial, imitadora perfecta de la inteligencia cerebral, ésta constantemente trata de ir más allá; no sólo conservándose, sino expandiéndose en conformidad con la exigencia de una actividad suya que germina en el tiempo y con el tiempo.

El cerebro actuando de esta forma hace más estrecho el vínculo entre inteligencia y artificialidad, y subráyese la palabra vínculo con el objeto de no malentenderla con la de relevo o sustitución. Lo artificial no altera la inteligencia, pues ésta no es un añadido de aquél, aun cuando se haga ver que en determinados casos, son transferidas a la artificialidad potestades, incluso deliberativas, exclusivamente afines a la inteligencia cerebral; por supuesto, esas potestades siguen teniendo un germen clara y netamente mental.

²¹ Card. RATZINGER, Joseph, *Iglesia, ecumenismo y política*, ed., Bartolomé Perera (parte I), José Luis Lezaga (parte II) y Gonzalo Haya (Parte III), BAC, Madrid, 2005², 44 nota 18.

²² Cf. ZUBIRI, Xavier, *Inteligencia sentiente. *Inteligencia y realidad*, Alianza, Madrid, 1998⁵, 97. En adelante se abreviará *IRE*.

Tampoco la artificialidad es un órgano asociado a la razón, por más de que en él repercutan importancias regulares. Más bien éstas repercuten en una inteligencia que vive y crece. La inteligencia, la razón, vital y próspera en el hombre, no puede delegar sus competencias; puede ejercerlas únicamente ella misma.

La razón crece y se unifica en células y neuronas vivientemente humanas; constituyen unidad y en ella aquella posee potestad deliberativa siempre, y no sólo en determinados casos; por eso, la razón no tiene escasa influencia en la elaboración de lo artificial.

Entonces, algunos preguntarán: ¿Por qué no prolongar la duración de la inteligencia en lo artificial? En realidad, como están surgiendo y cambiando los aparatos, una ausencia de la inteligencia en lo artificial es injustificable, pero asimismo es injustificable que deje de ser inteligencia peculiar del hombre para convertirla en delegada del dispositivo. Desde luego, tal delegación no se haya de acuerdo con la esencia íntima, inmutable, de la inteligencia humana.

4. La inteligencia artificial: ventajas y desventajas

En el último punto quedó clara la siguiente idea: La inteligencia artificial, el aparato sistematizado por una inteligencia humana, no da fe de que piensa lo que dice. Es decir, no consiste en afirmar que los aparatos altamente tecnificados tienen menos inteligencia que los hombres, sino que natural y formalmente no tienen ninguna. Algunas funciones de la inteligencia pueden ser imitadas *tan bien* por las máquinas²³.

Sin embargo, aun cuando hay distintos aparatos, teléfonos, computadoras, corta césped, aspiradora, etc., los cuales en sus sistemas demuestran mayor precisión que en el hombre, observamos que los mismos realizan ninguna en muchas otras, «un reloj –afirma Descartes– compuesto sólo de ruedas y resortes, puede contar las horas y medir el tiempo más exactamente que nosotros con toda nuestra prudencia»²⁴, no obstante, aun así es exagerado imaginar que la inteligencia atribuida a lo artificial es de la misma naturaleza intelectual que la del hombre de carne y hueso.

Por ende, este apartado busca la claridad respecto de las ventajas y desventajas de la inteligencia artificial. Este nombre, sin ceder a ningún desprecio, es puramente un adjetivo a la inteligencia, y, a pesar de ello, recuerda al hombre que cuanto sabe de tal adjetivo no es sino un preludio a cuanto le queda por averiguar; y en esto el rol de la inteligencia humana es clave²⁵, pues es ella quien comienza por donde otros han terminado, teniendo

²³ Cf. DESCARTES, R., «Quinta parte», *Discurso*, 55.

²⁴ *Ibid*, 66.

²⁵ Cf. la teoría del ingenio social, el tecnólogo, en relación estrecha con las instituciones y su crecimiento. POPPER, K.R., *La sociedad abierta*, 39.

así la posibilidad de llegar más allá de donde puede llegar, lo cual no procede de otro origen sino de la inteligencia misma.

Es justamente la inteligencia la que viendo el universo y los distintos elementos que lo integran, terrestres, marítimos, celestes, etc., así como los principios que los rigen, cuestiona qué puede derivar de ellos en varias diferentes maneras, y cómo en éstas mostrar en general el bien de los hombres.

En efecto, lo artificial no surge como algo enteramente imprevisto, y en este *no llegar de imprevisto* observamos que, «el que aprende de otro una cosa, no es posible que la conciba y la haga suya tan plenamente como el que la inventa»²⁶.

Esto es, el adelanto en la ciencia y en la técnica, no basta solo a un hombre o a un país a hacerlo todo; pues, lo que puede servir, cooperar diligentemente con la humanidad, requiere el tiempo inteligente y suficientemente necesario para seleccionarlo, y, por supuesto, para no presumir de entender y prometer cosas extraordinarias.

La extravagancia aparta la normalidad de los progresos que se esperan realizar en la ciencia y en la técnica; este apartar, distanciar, establece como norma que tales progresos pueden incluir en su empleo a unos y excluir a otros. Por ende, no es lo mismo buscar el alivio del hombre con la ayuda científica y técnica que ilusionarle con la mitología de cosas extraordinarias; de hecho, a continuación ya presentamos las ventajas y desventajas de la inteligencia artificial.

La primera ventaja descubre esta pregunta: ¿Cómo construyó y construye el hombre la denominada inteligencia artificial? Haciendo estar lo que permanece necesariamente, su inteligencia, en lo que absolutamente tiene mucho que ver. Por ejemplo, la culpa existencial, común al hombre, no es exigencia del dispositivo, pues éste no introduce al hombre en el simulacro en relación a ella.

Un aparato controlado por un sistema computacional ayuda al ojo del médico a ver al interior del cuerpo humano hasta donde normalmente no puede llegar, y, aun así, el lenguaje computarizado, los resultados arrojados por el artefacto sobre tal parte interna del cuerpo analizada, dejan en un ser instaurado en el presente, el médico, una condición radicalmente distinta, ya que a su razón, a la pericia, la eficacia de tales resultados no le es inaccesible e inimaginable. Al dispositivo el médico no le puede pedir más, pero a la ciencia por él dominada, en la palabra y escritura de las conclusiones presentadas en el examen, le atañe abordarlas e informarlas con cuidado.

La segunda ventaja, sigue de la anterior, es que la inteligencia humana y la artificial son incambiables e insustituibles una respecto a la otra; esto es, entre ambas inteligencias hay una relación estructural, mas cada cual con un

²⁶ DESCARTES, R., «Sexta parte», *Discurso*, 72.

determinado avance; pero, la inteligencia artificial al ser descompuesta en su estructura, tiene la ventaja de volverse a recomponer según planos, diseños, en cambio, al ocurrirle ello a la inteligencia fruto del cerebro humano, no vuelve a ser tal y como normalmente acontece en él, porque el proceso en el que va llegando a ser inteligencia es ineludible, irreplicable, al formar parte de la entereza (Zubiri, formalidad) del propio tejido celular, neuronal²⁷. No hay natural, biológica, química, fisiológicamente otro espacio disponible de este modo que pueda permitir la regeneración de la inteligencia tan perfecta y realmente.

La tercera ventaja, asimismo deducida de la anterior, señala que los dispositivos instrumentales de por sí generan una particularidad: el seguir presentando y alzando a la inteligencia humana en su sentido absolutamente único e individual; desde luego, esto subraya la heterogeneidad, pues, el lenguaje causado racionalmente marca la diferencia radical de las cosas entre sí y de ellas en relación al hombre.

La misma expresión, inteligencia artificial, ya esclarece que la conversión de equivalencias en identidades, —inteligencia artificial igual a inteligencia humana—, supone la pregunta por la prioridad ontológica de la humana respecto a la procesada maquinamente. La humana, de hecho y de derecho, puede cuestionar, por ejemplo, el vínculo de su vulnerabilidad con una naturaleza instrumental desmesuradamente amenazadora, «frente a la cual sólo el pensamiento aporta un instrumento duradero de protección y control»²⁸. Es ella la que a esta *protección y control* acompaña con mayor benevolencia, haciendo a la vez que ésta resulte teórica y prácticamente comprensible.

La última premisa da lugar a la cuarta ventaja. La inteligencia humana hace que la benevolencia en lo artificial resulte teórica y prácticamente comprensible, pues, tal benevolencia no es sino expresión del hombre inteligente y razonable. Ahora, la palabra artificial involucra la participación de la inteligencia vivida, o inteligencia real, en la que perdura un valor genealógico, sin el cual el significado de lo artificial brota intermitentemente y luego desaparece; es decir, algunos consideran el modo inteligencia artificial como una equivalencia infinita y, sin embargo, a tal equivalencia conviene precisarle que lo infinito, relacionado a la inteligencia artificial, es infinitamente provisional.

Por supuesto, las voces equivalencia infinita e infinitamente provisional subrayan, para la inteligencia cerebral y la artificial, el adjetivo provisional. Corrientemente ambas son temporales, o sea, infinitas relativamente, y en

²⁷ Cf. IRE, 73-78; y ZUBIRI, Xavier, *Espacio. Tiempo. Materia*, Alianza, Madrid, 2001², 554-562.

²⁸ JAMESON, Fredric, *Teoría de la posmodernidad*, ed. Celia Montolío Nicholson y Ramón del Castillo, TROTTA, Madrid, 1998², 168.

este sentido, *infinito* conviene más a la inteligencia cerebral, porque le evita a lo artificial un rotundo fracaso en la fetichización.

A la inteligencia artificial sólo la rehacen genealógicamente; la génesis es el origen, y éste está en la inteligencia humana, por tanto, lo artificial llega a existir poco a poco. Así él no degenera en un estereotipo irrealizable, que únicamente refuerza malinterpretaciones.

El avance tecnológico es amplio, irrevocable, no obstante, la capacidad para funcionar de modo típico en nuevos contextos totalmente imprevisibles, tienen una referencia, la inteligencia exclusivamente humana, con la que aquellos contextos están más del lado de la verdad que de la fantasía.

Seguidamente, las desventajas ofrecerán nuevas perspectivas racionales a estas cuatro ventajas.

La primera corresponde al lazo entre fantasía y realidad. En este lazo a la inteligencia artificial la consideran como una especie de “nuevo otro” dentro de la sociedad; y que por tal consideración la extienden ahora a todo. Esto abole la primacía del origen del conocimiento, y, por consiguiente, ¿qué está antes, el pensamiento o las producciones técnicas?

La inteligencia artificial ni siquiera tiene en sí la posibilidad de elaborar por sí misma esa limitada pregunta. Un programa computacional al instante, introduciéndole tal pregunta, elabora una respuesta, pero, al instante no dice algo distinto como hablar sobre cualquier otra cosa.

La segunda desventaja la recalca la voz instantánea. En la inteligencia, esta realidad temporal (instantánea) marca la aparición misma de una palabra con un contenido presente para analizar, y la mente forcejea de momento con un problema irresoluble; transporta, con el fin de solucionarlo, de un tipo de objeto verbal a otro, trabajando en este esfuerzo lo solucionado o lo no solucionado.

A la inteligencia artificial, tan precisa, no le cuadra este tipo de funcionalidad. En ella hay clarificación de significados de términos en un efecto mucho más instantáneo que en la inteligencia cerebral. Pero, el forcejeo, el esfuerzo por poder solucionar o no un problema al instante irresoluble, está en la propiedad dialéctica de la cual ella es consciente, igual que lo es del transcurso del tiempo en el que ella *se da cuenta* si realmente ocurre o no un significado de tal palabra.

La tercera desventaja: sólo la inteligencia humana tiene la posibilidad efectiva de la equivocación²⁹, además de reconocerla o no. El acto de la equivocación implica constitutivamente en la inteligencia el olvido de la misma o la represión del yo pensante: es el hombre, de inteligencia *suya*, quien degenera y garantiza una conceptualización de la equivocación, la reconoce y la revela, o, es quien oculta inmediatamente el origen de la

²⁹ En este aspecto contribuye la diferenciación entre los artífices y su propia obra; del amor de ellos por ésta, cf. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, IX, 7, 365, 1167b34-35.

equivocación. En esto no depende del artefacto, pues su inteligencia le acerca a lo concreto: me he equivocado o no me he equivocado, o eludo el haberme equivocado.

La inteligencia humana del yo pensante desenvuelve tales problemas, por ej., la equivocación, en una complejidad superior, pues en ésta sospecha tan pronto como ha sido planteada; es decir, duda respecto a la viabilidad de lo que le parece concreto y de la idea concreta tenida de un determinado problema.

De ahí parte la cuarta desventaja. La computadora está programada para elaborar una noción del escepticismo, tiene un diccionario incluido; la inteligencia humana la elabora, o la ha elaborado, y en este sentido hace lo que ha demostrado que es imposible hacer: mostrar como obsoleto algo que es provisional, el escepticismo, algo que sin embargo la pone en crisis, —la computadora no presenta alguna crisis, sino averías—, pues la meta de la inteligencia racional en relación al escepticismo es la de considerar un fundamento adecuado de lo que aspira afirmar o completar.

Estas ventajas y desventajas muestran que ante la nominada inteligencia artificial el hombre destraba su inteligencia con preparación y aptitud, por ende, impide y ha de impedir sacrificarla en aquella. Él tiene muchas otras cosas que hacer, en las que en algunas puede acompañarlo el aparato en otras no. La efectividad inmediata de una sirve a la profundidad de la otra; una nivelación, o una irreflexiva adaptación de una a la otra, puede mediocrizar aún más la inteligencia sentidamente humana.

En fin, la inteligencia artificial, aunque no los crea, no obstante, puede cooperar a la formación de individuos excepcionales o peligrosos; formarlos para la servidumbre no para el servicio. Entonces, es prioritario que con la inteligencia artificial la inteligencia humana forje hombres más fuertes en virtud y menos sedientos de adulaciones.

Conclusión

El tema, *la inteligencia artificial*, parte I, bosquejado en cuatro apartados, busca una finalidad precisa: las invenciones —denominadas Inteligencia artificial— han de incorporarse con mucha frecuencia al discurso de los seres humanos de Inteligencia cerebral, que, aunque con sus concretas escaseces, son sus inevitables intérpretes, pues, de ellos proceden inesperadas, actuales y sorprendentes propuestas reales; de ahí las ventajas y desventajas sobre la inteligencia artificial planteadas en el artículo.

Por eso, en diversos sectores de la sociedad sirve restablecer el lenguaje originario de la inteligencia humana. En efecto, la inteligencia artificial nació al interior de una tradición que ha sabido estudiar las debilidades del hombre y a la vez sabe lidiar con las opiniones de ignorancia o de hostilidad, en ocasiones más corrientes, respecto a la intransferible estructura dinámica de la inteligencia cerebral.

Desde luego, con ello tampoco la inteligencia artificial consiste en un arte pérfido, malquerido, porque ella y la inteligencia humana estarían empujadas al juego, —poco lícito—, de una lógica que ha de decidir en materia de las opciones entre una y otra; además, a la larga la labor de dicha lógica concluye efectuándola el aparato, y, así es poco cercana a las preocupaciones actuales del viviente humano.

Igualmente, el artículo aclaró la insensatez de una condenación ansiosa de la inteligencia artificial; y la equiparación ingenua o malintencionada entre una y otra, pues, sería dar cabida a la superstición de su significado propio, según malas interpretaciones generadas en la palabrería.

En fin, la inteligencia artificial no es un fragmento fortuito de alguna ocurrencia, sino, un hecho que invita a considerar en la inteligencia cerebral un fundamento adecuado de lo que siempre aspira asegurar o completar.

Bibliografía

ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea. Ética Eudema*, ed. Julio Pallí Bonet, GREDOS, Madrid, 1985⁶, 561.

DESCARTES, R., *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*, ed. Manuel García Morente, ESPASA-CALPE, Madrid, 1970¹², 148.

GARCÍA BACCA, Juan David, *Filosofía de la música*. Texto revisado por Miguel Ángel Palacios, ANTHROPOS, editorial del Hombre, Barcelona, 1990, 829.

JAMESON, Fredric, *Teoría de la posmodernidad*, ed. Celia Montolío Nicholson y Ramón del Castillo, TROTTA, Madrid, 1998², 340.

POPPER, K.R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, ed. Eduardo Loedel, PAIDOS, Barcelona, 2021⁷, 809.

RATZINGER, Joseph, *Iglesia, ecumenismo y política*, ed., Bartolomé Perera (parte I), José Luis Lezaga (parte II) y Gonzalo Haya (Parte III), BAC, Madrid, 2005², 304.

SEHT, Anil, *La creación del yo. Una nueva ciencia de la conciencia*, ed. Albino S. Mosquera, Edit. Sexto Piso, Madrid, 2023², 398.

ZUBIRI, Xavier, *Inteligencia sentiente. *Inteligencia y realidad*, Alianza, Madrid, 1998⁵, 314.

ZUBIRI, Xavier, *Espacio. Tiempo. Materia*, Alianza, Madrid, 2001², 714.